

ACTO QUINTO.—*El Conde de Albrit* Sr. Díaz de Mendoza

Fot. Campña

conde en tales términos que quizá no podría sobrevivir al desengaño, recházala con indignación y quiere convencerse á todo trance de que Nell es la falsa, Nell que se muestra mucho más indiferente á su cariño, que es menos generosa, que es menos noble.

La madre de las niñas, única poseedora del secreto, cuya aclaración persigue el conde, después de haberse negado tenazmente á revelar al abuelo la verdad que con tanto afán busca, decide, aconseja da por el confesor, poner fin á sus dudas, no sin haber fraguado un plan para deshacerse del noble viejo de un modo que parezca decoroso á los extraños.

Ayudada por el alcalde, por el médico y por el cura, que deben su posición y su carrera respectivamente á la generosidad del conde, y por sus ingratos servidores, los actuales propietarios de la Pardiña, proyecta recluir á aquél en un monasterio. Tal propósito indigna al de Albrit, que en su soledad, sólo se ve defendido por el infeliz D. Pío Coronado, el instructor de las muchachas, tan falto de resolución para evitar las liviandades de que le hizo víctima su esposa, como incapaz para defenderse de los malos tratos de sus hijas y poner coto á los desafueros que amargan su existencia.

D. Pío Coronado aconseja

al conde que salga del pueblo para evitar que por la fuerza, si no lo pueden conseguir por la razón, le recluyan, y se brinda á acompañarle donde quiera que vaya. Pero el conde se niega, asegurando que sólo muerto podrán llevarle. Tiene esperanza aún de descubrir el secreto que ansía y teme.

Dolly no puede á la sazón defender á su abuelo porque para evitarlo ha sido encerrada en casa del alcalde por indicación de la condesa. La maquinación diabólica triunfará y el de Albrit, sólo y desamparado, será conducido de grado ó por fuerza al monasterio.

Un ruin anhelo de venganza del hipócrita Senén, criado y confidente de la condesa, ofrece al conde la ocasión de aclarar sus dudas. Senén, desechado, promete al conde revelar el secreto, cuya

confirmación le darán unas cartas del amante de la Lucrecia, que él ha podido conservar.

Ofréceselas al de Albrit y éste se apodera de ellas ansioso, pero las rechaza sin abrirlas. Presiente que han de confirmar sus temores y prefiere la duda á la certeza desgarradora. Repugna además á su conciencia honrada aquel medió que le ofrece la traición, tanto como pasar sus ojos por los pliegos que escribiera el cómplice de la mujer infame que engañó á su hijo.

Pero cuando poco después la propia condesa le dice que le será revelado el secreto, el conde sucumbe á su afán de saber la verdad que no es otra que la terrible que él temía.

Dolly, la buena, la que le adora es la falsa, la hija del pecado, el fruto del crimen.

Y Nell, la verdadera, la que debió heredar con su sangre noble todas las virtudes, en su horrible tortura, en su amarga desesperación, le aconseja que entre en el monasterio, feliz con la esperanza de disfrutar las alegrías que le brinda la existencia junto á su madre, en el gran mundo, casi indiferente á las tristezas del abuelo, sin que el generoso afán de endulzar sus días ofrezca para ella la atracción poderosa de su propia ventura.

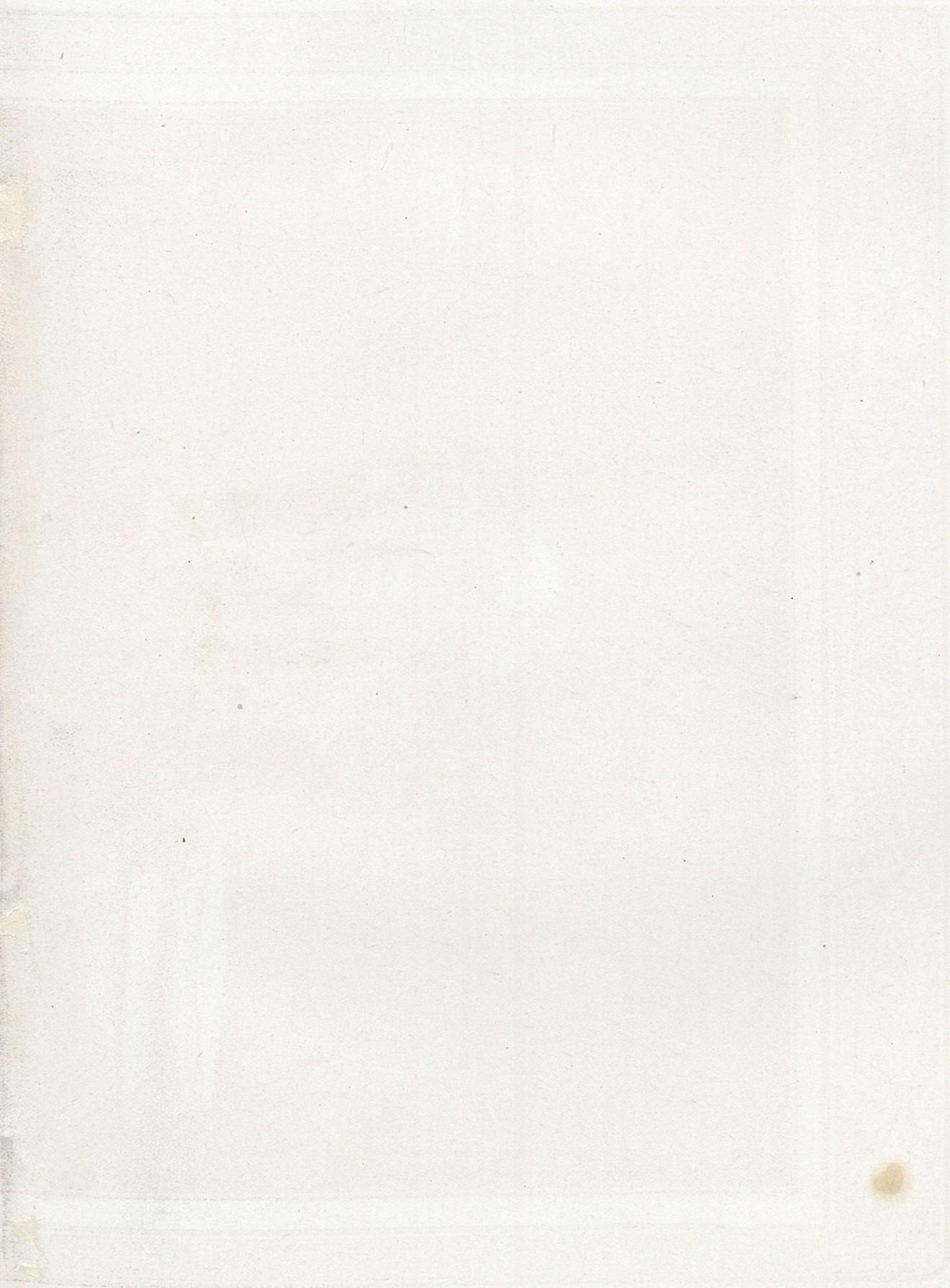
—¡Mi nieta me abandona!—

exclama con amargura hondísima el pobre anciano y cuando la desesperación que el desengaño cruel le produce abate su espíritu y su cuerpo, Dolly, la falsa, la hija del crimen, viene á él, no sin haber tenido que escapar del encierro en que la tenían exponiéndose á morir al descogarse por un balcón, para defenderle, para ayudarle, para pedirle por Dios, echándole los brazos al cuello, que aunque él no la quiera, la deje consagrarle su vida, cuidarle, vivir con él, hacer suyas sus penas.

Buscando una verdad el de Albrit encontró otra verdad más grande: la que destruyendo con rudo golpe sus creencias se muestra á sus ojos encarnada en aquella hermosa figura de Dolly que á él se sacrifica, ofreciéndole una ventura que no había podido soñar, la única que existe, la que sin leyes



ACTO QUINTO.—El conde de Albrit, Sr. Diaz de Mendoza.—Nell, Srta. Colorado
Fot. Campúa



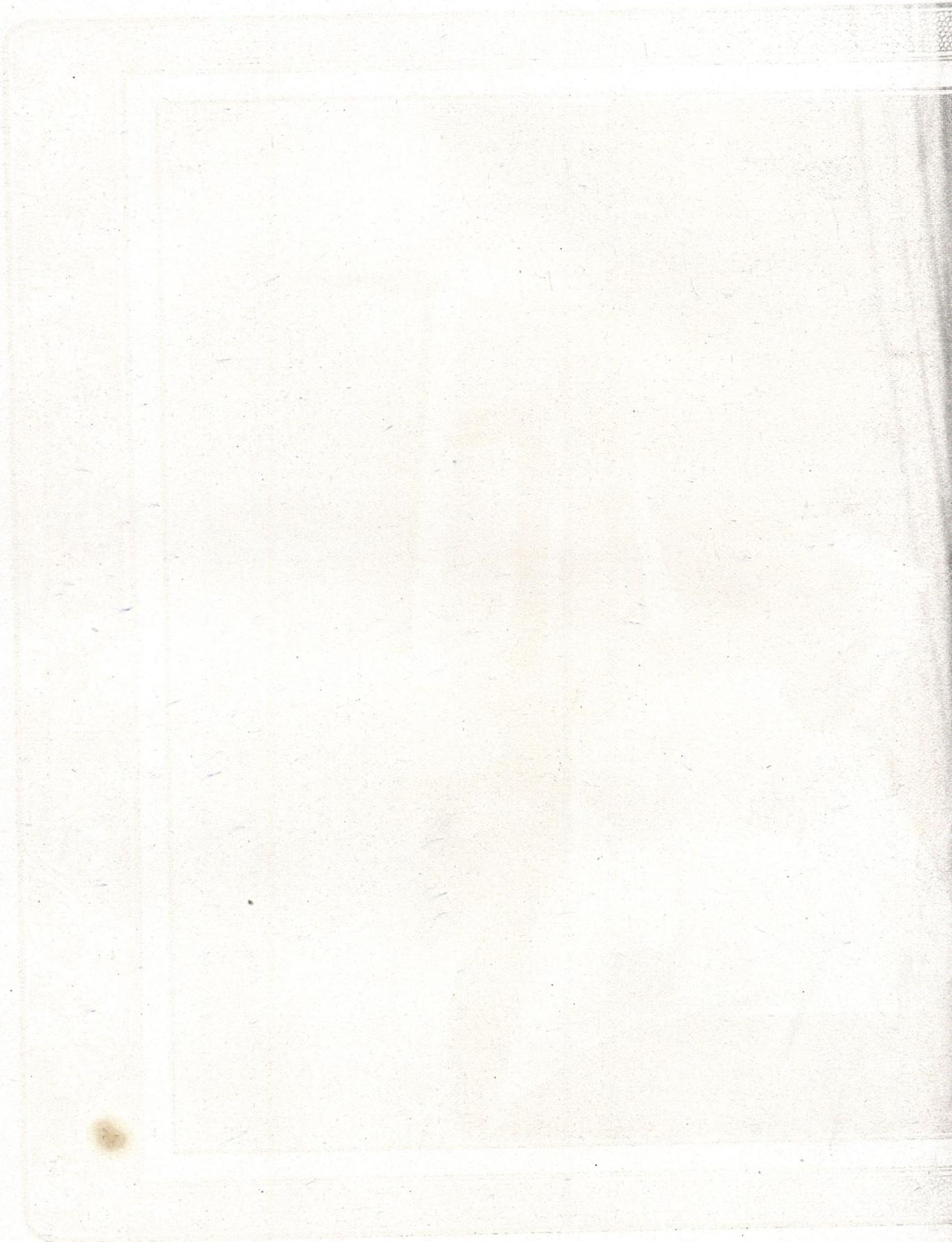
OMNIA LIBERARIUS DEVIANTIO

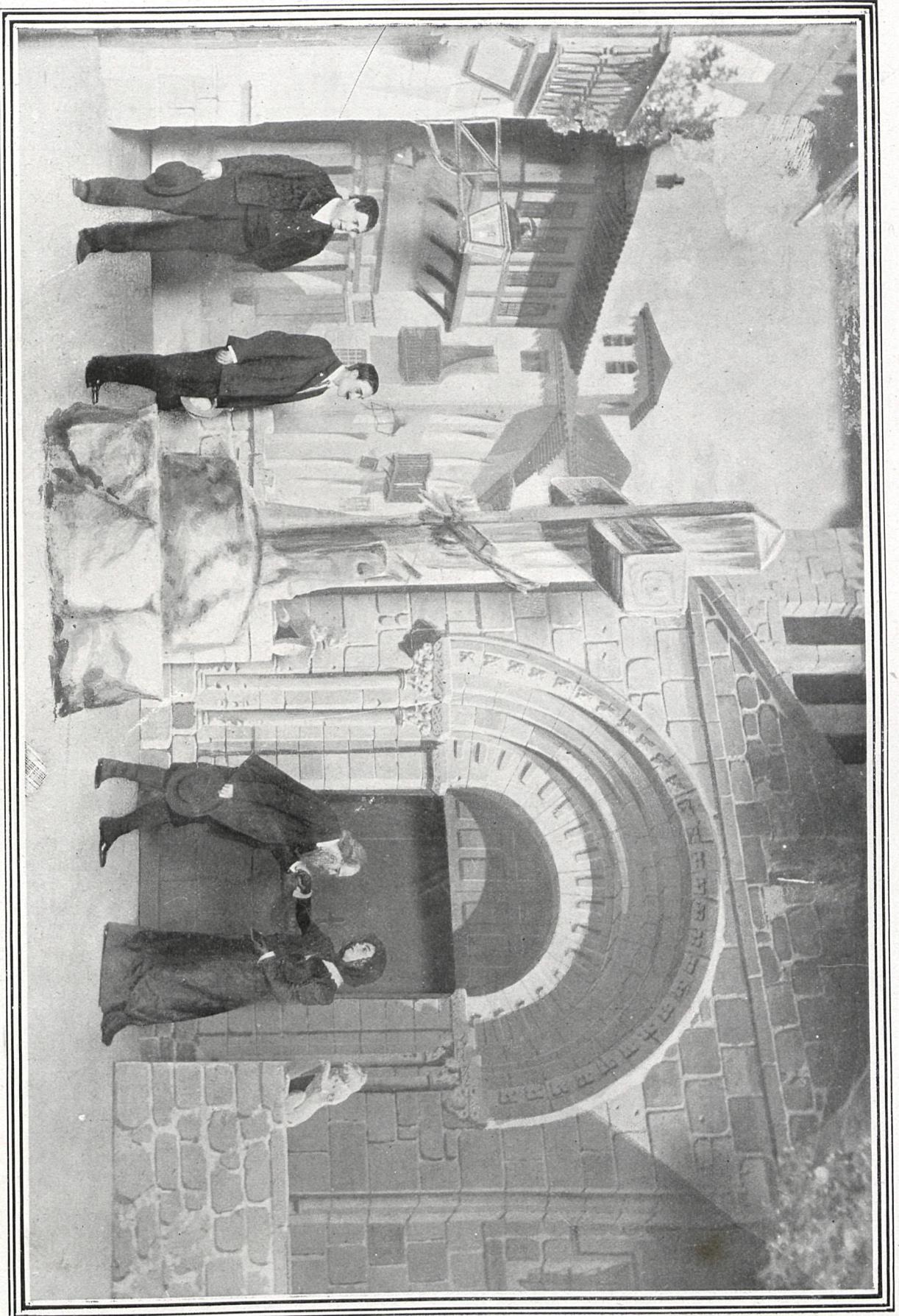
GALERIA DE RETRATOS DE "EL TEATRO"



FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA, primer actor y director del Teatro Español

Fot. Audouard





ACTO QUINTO.—*Venancio*, Sr. Ciera.—*Serén*, Sr. Soriano Biosca.—*El conde de Albrti*, Sr. Mendoza.—*La condesa Licrecia*, Sra. Sánchez

Fot. Campaña

de honor, ni vínculos de sangre que la justifiquen ni la cimenten se funda en el amor, «la verdad eterna.»

La interpretación del protagonista de *El Abuelo* ha constituido un triunfo personal para el Sr. Díaz de Mendoza, quizá el triunfo más grande de cuantos lleva conquistados en su brillante carrera.

Con exquisita habilidad ha sabido vencer las dificultades que ofrecía la caracterización del tipo y con supremo arte ha dado á la figura la arrogancia y el carácter que le co

rrespondía. De Dolly y Nell, las dos encantadoras nietecillas del conde de Albrit, han hecho Nieves

Suárez y Margarita Colorado dos verdaderas creaciones. Carsi, en el infeliz don Pío Coronado, estuvo inimitable; la señorita Sánchez representó con extraordinario acierto el tipo de la condesa Lucrecia, y la señorita Cancio en el de Gregoria; el señor Cirera en el de Venancio y los Sres. Soriano Biosca, Guerrero, Mata y Juste, completaron el magistral conjunto.



ACTO QUINTO.—Dolly, Srta. Suárez.—El conde de Albrit, Sr. Díaz de Mendoza.
D. Pío, Sr. Carsi

Fots. Campúa

S.



ESCENA FINAL.—Dolly, Srta. Suárez.—El conde de Albrit, Sr. Díaz de Mendoza.—D. Pío Coronado, Sr. Carsi